

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Capitulo LII. De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la  
rara  
aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1676**

## CAPITULO LII.

*De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, à quien diò felice fin à costa de su sudor.*

GENERAL gusto causò el cuento del cabrero à todos los que escuchàdo le avian, especialmente le recibìo el Cononigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le avia contado, tan lexos de parecèr rustico cabrero, quan cerca de mostràrse discreto cortesano: Y assi dixo, que avia dicho muy bien el Cura en dezir, que los montes criàvan letrados. Todos se ofrecièron à Eugenio, pero el que mas se mostrò liberal en esto fuè Don Quixote, que le dixo: Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallàra possibilitàdo de podèr començar alguna aventura, que luego luego me pusièra en camino, porque vos la tuvierades buena, y yo facàra del monasterio (donde sin duda alguna deve de estàr contra su voluntad) à Leandra à pesar de la Abadesa, y de quantos quisièran estorvârlo, y os la pusièra en vuestras manos, para que hizierades della à toda vuestra voluntad, y talante: Guardando empero las leyes de Cavalleria, que mandan, que à ninguna donzella se le sèa fecho desaguifado alguno: Aunque espèro en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerça de un encantador maliciòso, que no puèda mas la de otro encantador mejor intencionàdo; y para entonces os promèto mi favor y ayuda, como me obliga mi profession, que no es otra, fino de favorecer à los desvalidos, y menesterosos. Miròle  
el

el cabrero, y como viò à Don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admiròse; y preguntò al Barbero, que cerca de si tenia: Señor, quien ès este hombre, que tal talle tiene, y de tal manera hàbla? Quien ha de fer, respondiò el Barbero, fino el famoso Don Quixote de la Mancha, desfazedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las donzellas, el afombro de los Gigantes, y el vencedor de las batallas. Eßo me semeja, respondiò el cabrero, à lo que se leè en los libros de Cavalleros andantes, que hazian todo eßo, que de este hombre vuestra merced dize: Puesto que para mi tengo, ò que vuestra merced se burla, ò que este Gentilhombre deve de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys un grandissimo vellaco, dixo à esta fazon Don Quixote, y vos foys el vazio, y el menguàdo, que yo estòy mas lleno que jamas lo estùvo la muy hideputa, puta, que os pariò; y diziendo, y hablando, arrebatò de un pan que junto à si tenia, y diò con èl al cabrero en todo el rostro con tanta fùria, que le remachò las narizes: Mas el cabrero que no sabia de burlas, viendo con quantas veras lo maltratàvan, sin tenèr respeto à la alfombra, ni à los manteles, ni à todos aquellos que comiendo estàvan, saltò sobre Don Quixote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudàra de ahogàrle, si Sancho Pança no llegàra en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y dièra con el encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo taças, y derramàndo, y esparcièndo quanto en ella estàva. Don Quixote, que se viò libre, acudiò à subirse sobre el cabrero, el qual, lleno de sangre el rostro, molido à cozes de Sancho, andàva buscàndo à gatas algun  
cuchillo

cuchillo de la mesa para hazer alguna fanguinolenta vengança ; pero estorvònfelo el Canonigo, y el Cura ; mas el Barbero hizo de fuèrte, que el cabrero cogiò debaxo de sí à Don Quixote, fobre el qual lloviò tanto numero de moxicones, que del rostro del pobre Cavallero llovìa tanta fangre, como del fuyo. Rebentàvan de rifa el Canonigo y el Cura : Saltàvan los quadrilleros de gozo : Zuçavan los unos y los otros, como hazen à los perros, quando en pendencia estàn travados : Solo Sancho Pança se desesperàva, porque no se podìa desasir de un criado del Canonigo, que le estorvava, que à su amo ayudàsse. En resolucion estando todos en regozijo, y fiesta, fino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que los hizo bolvèr los rostros hàzia donde les pareciò que sonàva : Pero el que mas se alborotò de oýrlo, fuè Don Quixote, el qual, aunque estàva debaxo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo : Hermano demonio (que no es possible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerças para sujetar las mias) ruègote que hagamos treguas, no mas de por una hora ; porque el doloroso son de aquella trompeta, que à nuestros oydos llega, me parece, que à alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estàva confado de moler, y ser molido, le dexò luego ; y Don Quixote se pùso en pie, bolviendo assi mismo el rostro adonde el son se oýa, y viò a deshora, que por un requefeto baxàvan muchos hombres vestidos de blanco à modo de disciplinantes.

E R A

ERA el caso, que aquel año avian las nubes negado su rozió à la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian processiones, rogativas, y disciplinas, pidiendo à Dios, abrièsse las manos de su misericordia, y les llovièsse: Y para este efecto la gente de una aldea, que alli junto estàva, venia en procession à una devota ermita, que en un recuesto de aquel valle avia. Don Quixote, que vió los estraños trages de los disciplinantes, sin pasàrle por la memoria las muchas vezes, que los devia de avèr visto, se imaginò, que era cosa de aventura, y que à el solo tocàva como à Cavallero andante el acometèrlo: Y confirmòle mas esta imaginacion, pensar que una imagen que trayan cubièrta de luto, fuèsse alguna principal Señora, que llevàvan por fuerça aquellos follones, y descomedidos malandrines; y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetiò à rozinante, que paciendo andava; y quitàndole del arçon el freno, y el adarga, en un punto le enfrenò; y pidiendo à Sancho su espada, subiò sobre rozinante, y abraçò su adarga, y dixo en alta voz a todos los que presentes estàvan: Agora, valerosa compaña, verèdes quanto importa, que àya en el mundo Cavalleros, que professen la orden de la andante Cavalleria. Agora, digo, que verèdes en la libertad de aquella buena Señora, que alli và cautiva, si se han de estimar los Cavalleros andantes: Y en diziendo esto, apretò los muslos à rozinante (porque espuelas no las tenia) y à todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta historia verdadera, que jamas la dièsse rozinante) se fuè à encontràr con los disciplinantes: Bien que fuèron el Cura, el Canonigo, y Bar-

T o m. II.

T t

bero



bero à detenerle, mas no les fuè possible, ni menos le detuvièron las voces, que Sancho le dava, diziendo: A donde và, Señor Don Quixote? Que demonios lleva en el pecho, que le incitan à ir contra nuestra fè Catòlica? Advièrta, mal àya yo, que aquella es procession de disciplinantes, y que aquella Señora, que llevan sobre la peana, es la imagen benditissima de la Virgen sin manzilla? Mire, Señor, lo que haze, que por esta vez se puede dezir, que no es lo que sabe. Fatigòse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar à los enfabanados, y en libràr à la Señora exlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyèra, no bolvèria, si el Rey se lo mandàra. Llegò, pues, à la procession, y parò à rozinante, que ya llevaba desèco de quiètarfe un poco, y con turbada y ronca voz dixo: Vosotros, que quiça por no ser buenos, os encubrièis los rostros, atended, y escuchad lo que dezìros quiero. Los primeros que se detuvièron, fuèron los que la imagen llevàvan, y uno de los quatro Clerigos, que cantàvan las letanias, viendo la estraña caturada de Don Quixote, la flaqueza de rozinante, y otras circunstancias de risa que notò, y descubriò en Don Quixote, le respondiò, diziendo: Señor hermano, si nos quiere dezir algo, dìgalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podèmos, ni es razon que nos detengàmos à oir cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga. En una lo dirè, replicò Don Quixote, y es esta; que luego al punto dexèys libre à essa hermosa Señora, cuyas làgrimas, y triste semblante dan claras muestras, que la llevàys contra su voluntad, y que algun notorio desaguifado le avèdes fecho: y yo, que nacì en  
el



Joh. Vanderbank inv. et delin.  
Vol. II p. 322.

Ger. Vanderhucht sculp.  
27





el mundo para desfazer semejantes agravios, no consentirè, que un solo passo adelante passè, sin darle la deffçada libertad, que merece. En estas razones cayèron todos los que las oyèron, que Don Quixote devia de ser algun hombre loco, y tomàronse à reyr muy de gana, cuya risa fuè poner pòlvora à la còlera de Don Quixote, para que sin dezir mas palabra, sacando la espada, arremetiò à las andas. Uno de aquellos, que las llevàvan, dexando la Carga a sus Compañeros saliò al encuentro de Don Quixote, enarbolando una horquilla, ò baston con que sustentàva las andas en tanto que descansàva, y recièndo en ella una gran cuchillada, que le tirò Don Quixote, con que se la hizo dos partes, con el ultimo tercio que le quedò en la mano, diò tal golpe à Don Quixote encima de un ombro por el mismo lado de la espada (que no pùdo cubrir el adarga contra villana fuerça) que el pobre Don Quixote vino al suèlo muy mal-parado. Sancho Pança, que hijadeando le iba a los alcances, vièndole caydo, diò voces à su moledor, que no le dièsse otro palo, porque era un pobre Cavallero encantado, que no avia hecho mal à nadie en todos los dias de su vida: mas lo que detuvo al villano, no fuèron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie, ni mano: y assi creyèndo, que le avia muerto, con prièssa se alçò la tònica, a la cinta y diò à huir por la campaña, como un gamo. Ya en esto llegàron todos los de la compaña de Don Quixote à donde el estàva; y mas los de la procession, que los vièron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temièron algun mal suceffo, y hizieronse todos un remolino al rededor de la imagen; y alçados los capirotos, empuñando



las disciplinas, y los clerigos los ciriales, esperàvan el afalto, con determinacion de defendèrse, y aun ofendèr, si pudièssen, à los acometedores: Pero la fortuna lo hizo mejor que se pensàva; porque Sancho no hizo otra cosa, que arrojàrse sobre el cuerpo de su Señor, haziendo sobre èl el mas doloroso, y rifuño llanto del mundo, creyèdo, que estàva muerto. El Cura fuè conocido de otro Cura, que en la procession venia, cuyo conocimiento pùso en Sossiego el concebido temor de los dos esquadrones. El primer Cura diò al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote; y assi el, como toda la turba de los disciplinantes, fuèron à ver, si estàva muerto el pobre Cavallero; y oyèron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la Cavalleria, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! O honra de tu linage, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual, faltando tu en èl, quedarà lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de servicios, me tenias dada la mejor infula, que el mar ciñe, y rodea! O humilde con los sobervios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, açote de los malos, enemigo de los ruynes; En fin Cavallero andante, que es todo lo que dezirse puede! Con las voces y gemidos de Sancho reviviò Don Quixote, y la primera palabra que dixo, fuè: El que de vos vive ausente, dulcissima Dulcinea, à mayores miserias que estas està fugeto: Ayudame, Sancho amigo,  
à

à ponerme sobre el carro encantado, que no estòy para oprimir la filla de Rozinante, porque tengo todo este ombro hecho pedaços. Eſſo harè yo de muy buena gana, Señor mio, respondiò Sancho, y bolvâmos à mi aldea en compañia deſtos Señores, que fu bien deſſèan; y alli daremos orden de hazer otra ſalida, que nos ſèa de mas provecho, y fama. Bien dizes, Sancho, respondiò Don Quixote, y ferà gran prudencia dexar paſſar el mal influxo de las eſtrellas, que agora corre. El Canonigo, el cura y Barbero le dixèron, que harìa muy bien en hazer lo que dezia: Y aſſi, avièndo recibido grande guſto de las ſimplicidades de Sancho Pança, puſièron à Don Quixote en el carro, como antes venia. La Proceſſion bolviò à ordenarſe, y proſeguir ſu camino. El cabrero ſe deſpidiò de todos; Los quadrilleros no quiſièron paſſar adelante, y el Cura les pagò lo que les devìa. El Canonigo pidiò al Cura, le avisàſſe el fuceſſo de Don Quixote, ſi fanàva de ſu locura, ò ſi proſeguia en ella: Y con eſto tomò Licencia para ſeguir ſu viage. En ſin todos ſe dividièron, y apartàron, quedando ſolos el Cura, el Barbero, Don Quixote, y Sancho Pança, y el bueno de Rozinante, que à todo lo que avia viſto, eſtàva con tanta paciencia, como ſu amo. El boyèro unciò ſus bueyes, y acomodò à Don Quixote ſobre un haz de heno, y con ſu acoſtumbrada ſlema ſiguiò el camino que el Cura quiſo; y à cabo de ſeys dias llegàron à la aldea de Don Quixote, adonde entràron en la mitad del dia, que acertò à ſer domingo, y la gente eſtàva toda en la plaça, por mitad de la qual atraveſò el carro de Don Quixote. Acudièron todos à ver lo que en el carro venia; y quando conocièron

nocièron à su compatrioto, quedàron maravillàdos; y un muchacho acudiò corriendo à dar las nuevas à su ama, y à su sobrina, de que su tio, y su Señor venia flaco, y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lastima fuè oyr los gritos que las dos buenas Señoras alçaron, las bofetadas que se dièron, las maldiciones que de nuèvo echàron à los malditos libros de Cavallerias, todo lo qual se renovò, quando vièron entrar à Don Quixote por sus puertas.

A las nuevas desta venida de Don Quixote acudiò la muger de Sancho Pança, que ya avia sabido, que avia ido con el sirvièndole de escudero; y assi como viò à Sancho, lo primero que le preguntò, fuè, que si venia bueno el asno? Sancho respondiò, que venia mejor que el amo. Gracias sèan dadas à Dios, replicò ella, que tanto bien me ha hecho. Pero contadme agora, amigo, que bien avèys sacado de vuestras escuredias? Que saboyana me traèys à mi? Que Zapaticos à vuestros hijos? No traygo nada deffo, dixo Sancho, muger mia, aunque tràygo otras cosas de mas momento, y consideracion. Deffo recibo yo mucho gusto, respondiò la muger: Mostradme effias cosas de mas consideracion, y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este coraçon, que tan triste, y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostrarè, muger, dixo Pança; y por agora estad contenta, que, siendo Dios servido de que otra vez salgàmos en viage à buscar aventuras, vos me verèys presto conde ò Governador de una infula, y no de las de por ay, sino la mejor que pueda hallàrse. Quièralo assi  
el

el Cielo, marido mio, dixo la muger, que bien lo avèmos menester. Mas dezidme, que es effo de infulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondiò Sancho; à su tiempo lo veràs, muger, y aun te admiraràs de oyrte llamar Señoria de todos tus vasallos. Que es lo que dezis, Sancho, de Señorias, infulas, y vasallos, replicò Teresa Pança? (que assi se llamàva la muger de Sancho, aunque no eran parientes, fino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos.) No te acucies, Teresa, respondiò Sancho Pança, por saber todo esto tan aprieffa: Basta que te digo verdad, y cose la boca. Solo te fabrè dezir assi de passio, que no ay cosa mas gustosa en el mundo, que ser un hombre honrado, escudero de un Cavallero andante, buscador de aventuras: Bien es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan à gusto, como el hombre querrìa; porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir avièsas, y torcidas. Sèlo yo de experiencia, porque de algunas he salido mantado, y de otras molido. Pero con todo effo es linda cosa esperar los sucesos atravesàndo montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas à toda discrecion sin pagar, ofrecido sèa al diablo, el maravedi.

TODAS estas platicas passaron entre Sancho Pança, y Teresa Pança su muger, en tanto que el ama, y sobrina de Don Quixote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Miravalàs el con los ojos atravesados, y no acabava de entender, en que parte estava. El cura encargò à la sobrina, tuvièsse gran cuenta con regalar

galar à su tio, y que estuvièssen alerta de que otra vez no se les escapàsse, contando lo que avia sido menester para traelle à su casa. Aqui alzaron las dos de nuevo los gritos al Cielo; alli se renovaron las maldiciones de los libros de cavallerias; alli pidièron al Cielo, que confundièsse en el centro del abismo à los autores de tantàs mentiras, y disparates. Finalmente ellas quedaron confusas, y temerosas de que se avian de ver sin su amo, y tio en el mesmo punto, que tuvièsse alguna mejoria; y assi fuè como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia (puesto que con curiosidad, y diligencia ha buscado los hechos que Don Quixote hizo en su tercera salida) no ha podido hallar noticia dellos, alomenos por escrituras autènticas: Solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha; que Don Quixote, la tercera vez que saliò de su casa, fuè à Zaragoza, donde se hallò en unas famosas Justas, que en aquella ciudad hizieron, y alli le pasaron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento. Ni de su fin y acaecimiento pudo alcançàr cosa alguna; ni la alcançara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo medico, que tenia en su poder una Caxa de plomo, que segun el dixo, se avia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita, que se renovava: En la qual Caxa se avian hallado unos pergaminos escritos con letras Goticas, pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y davan noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso; de la figura de Rozinante; de la fidelidad de Sancho Pança; y de la sepultura del mesmo Don Quixote, con diferentes Epitafios, y Elògios de su Vida,

y